VIGÉSIMO OCTAVO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Una crisis que involucra a alguien a quien amamos puede hacernos estar dispuestos a buscar ayuda de formas que jamás imaginamos. Podemos llegar a una junta de recuperación familiar, agotados de intentar manejar lo que no podemos controlar. Al principio, simplemente conocer a personas que entienden, puede sentirse como un alivio. Sin embargo, con el tiempo, la recuperación exige más que un lugar para desahogarse o informarse. Estamos llamados a vivir y amar de una forma diferente.

El Evangelio del domingo nos presenta la imagen de un rey que preparó un banquete de bodas para su hijo (Mateo 22:1–14). Los primeros invitados rechazaron la invitación, así que el rey envió a sus criados a los cruces de los caminos para reunir *"a todos los que encontraron, malos y buenos"* hasta que la sala del banquete se llenó (Mateo 22:10). La invitación es generosa. Se les da la bienvenida a personas que nunca esperaron ser tomadas en cuenta.

La recuperación familiar puede sentirse así. Muchas veces llegamos porque la adicción o la conducta poco sana de otra persona ha alterado toda la vida. Puede ser que pensemos que asistir a juntas es principalmente para aprender a ayudarles. Luego descubrimos que Dios también nos ha invitado. Nuestro propio temor, resentimiento, control y cansancio necesitan atención. Para comenzar nuestra propia recuperación, no tenemos que esperar a que alguien tenga disposición.

Jesús después incluye en la historia a un invitado vestido sin traje de fiesta. La cuestión no es que debemos hacernos dignos antes de entrar a la fiesta. La gracia nos recibe tal y como somos, pero también nos llama a actuar. La recuperación familiar nos pide que estemos dispuestos a vivir de forma diferente, incluso cuando la persona que amamos no ha cambiado.

Eso puede requerir que soltemos patrones que antes parecían necesarios. Podemos dejar de salvar de las consecuencias a alguien o empezar a hablar con más honestidad sobre lo que podemos y no podemos aceptar. Al principio, estos cambios pueden resultar incómodos, porque cuestionan la idea de que el amor significa mantener todo en orden. Sin embargo, cooperar con la gracia nos enseña, poco a poco, que el amor sano no requiere control.

En la segunda lectura, San Pablo se refiere a otra parte de este recorrido. Dice: *"Yo sé lo que es vivir en pobreza y también lo que es tener de sobra"* (Filipenses 4:12). Luego añade: *"Todo lo puedo unir a aquel que me da fuerza"* (Filipenses 4:13). La fortaleza de Pablo no es el poder de lograr que las circunstancias terminen como él desea. Es la capacidad de permanecer firme en Cristo, tanto si la vida se percibe tranquila como incierta.

Esa es una lección valiosa para la recuperación familiar. Cuando a un ser amado le va mal, el temor puede llevarnos de nuevo a viejos hábitos de supervisión y funcionamiento en exceso. Cuando las cosas mejoran, podemos abandonar las prácticas que ayudaron a restaurar nuestra paz. La recuperación nos pide que sigamos siendo fieles en ambas situaciones.

El Salmo 23 nos da un sutil recordatorio: *"Tú mismo me preparas la mesa"* (Salmo 23:5). Dios sigue proveyendo para nosotros, incluso cuando las decisiones de otra persona permanecen fuera de nuestro control. Su Gracia no depende de si una situación familiar se resuelva según nuestro programa.

Seguimos amando a la persona que está luchando, pero sus decisiones y recuperación siguen siendo suyas. No estamos destinados a cargar con consecuencias que les pertenecen. Podemos apoyarla y hablarle con honestidad sobre lo que vemos, mientras establecemos límites que protejan lo que Dios nos ha confiado. Lo que no podemos hacer es tomar el control de la voluntad de otra persona.

Dios nos está llamando ahora a tener una mayor libertad. A medida que seguimos estando presentes y con el corazón dispuesto, Él nos enseña a amar sin descuidarnos y a mantenernos cimentados en Cristo, sin importar las elecciones de otra persona.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En dónde sigues esperando a que alguien más cambie antes de estar dispuesto(a) a trabajar en tu propia recuperación?
- ¿Qué te ha ayudado a responder con mayor paz y libertad ante alguien a quien amas, incluso cuando sus decisiones no han cambiado?
- ¿Cómo podría Dios estar invitándote a amar a alguien con más libertad, al mismo tiempo que permites que sus decisiones sigan siendo su responsabilidad?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 25:6–10a
SAL. RESP. Salmo 23:1–3a, 3b–4, 5, 6
SEGUNDA LECTURA Filipenses 4:12–14, 19–20
EVANGELIO Mateo 22:1–14

© Catholic in Recovery, *reflexiones de la reunión del domingo 11/10/26*